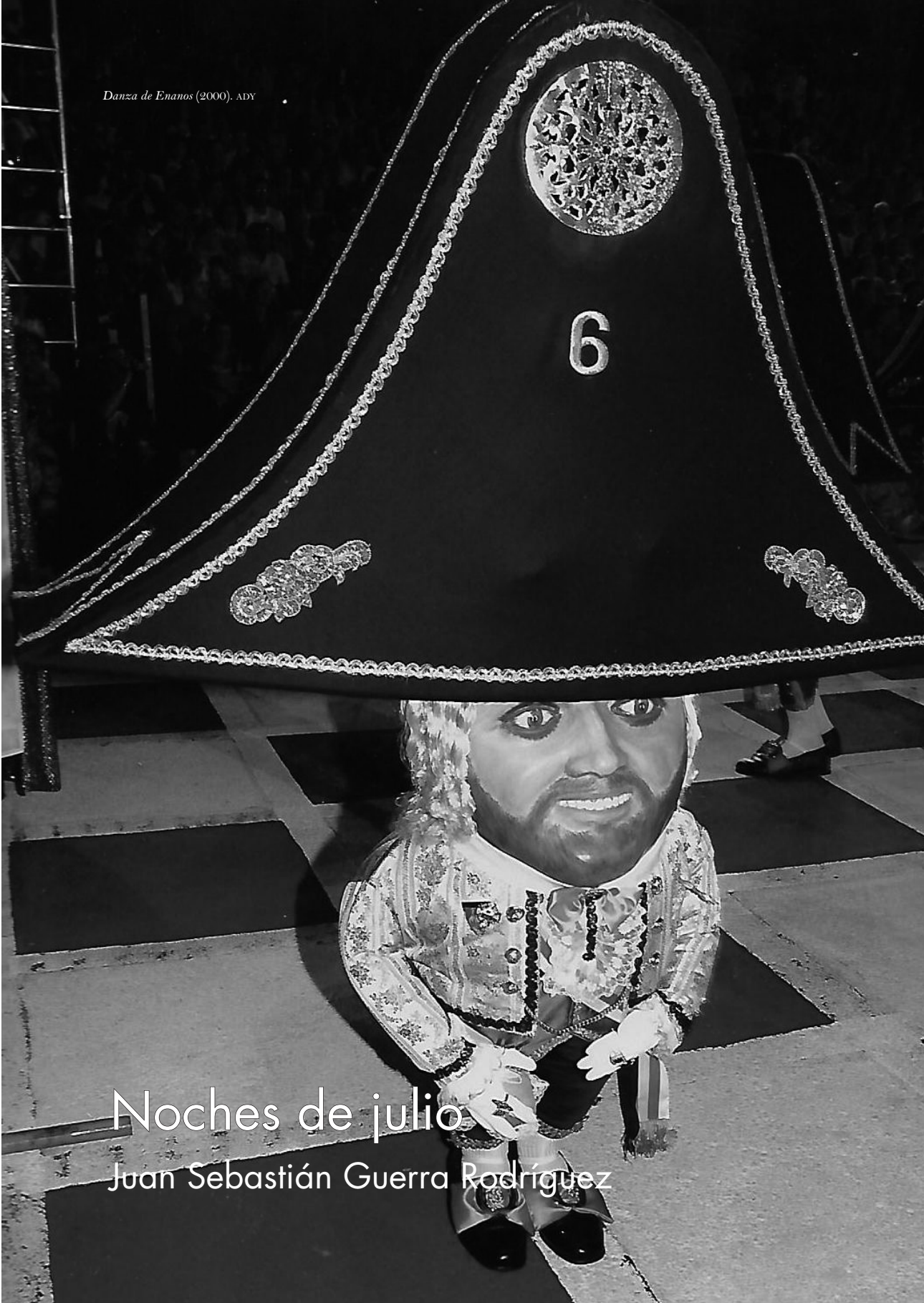


*Danza de Enanos (2000). ADY*



Noches de julio

Juan Sebastián Guerra Rodríguez



*Danza de Enanos (1975). JSGR*

Aquellas noches de julio del 2000 no eran unas noches cualesquiera. Superados los avatares agoreros de una parálisis en el cambio del siglo que sumiría al mundo en un profundo caos, era en La Palma uno de esos años especiales y mágicos de los que acaban en cero o en cinco, que siempre nos traen como premio la presencia de nuestra querida madre entre nosotros y nos dejan el honor de dar las gracias más profundas a la Virgen de las Nieves, mediante un programa de fiestas y celebraciones religiosas y lúdicas, por ser esa protectora que siempre transmite los valores más importantes a sus hijos y luego nosotros, los palmeros, hacer gala de ellos en el resto del mundo.

En la mayoría de aquellas noches de julio, el joven de treinta y dos años celebraría toda la festividad en compañía de sus amigos y conocidos. Pero hubo una muy especial en la que el joven, y aún más el niño, disfrutó la noche como un regalo de esos que la vida te da, y en los que aprovechar la oportunidad marca la diferencia entre tener una vida con experiencias interesantes, o ver la vida pasar.

Hay que remontarse a 1975 cuando la voraz mirada y curiosidad de un niño de siete años vive una noche mágica y deposita en su memoria un recuerdo imborrable, cuando su madre lo lleva a la cercana plaza de Santo Domingo y, en aquel ámbito reducido pero coqueto, ve —con los





*Danza de Enanos (2000). ADY*



*Danza de Enanos (2000). ADY*

ojos como platos y la boca abierta— cómo aquellos hombres tan grandes entraban en una caseta y salían transformados en figuras «napoleónicas» y danzarinas, al ritmo de una música que hacía mover sin remedio los pies colgantes en aquel graderío de madera.

Pero las sorpresas no acaban ahí; el misterio no descifrado ocurre cuando, temeroso, el niño se acerca a una de aquellas figuras y desde esos adentros surge una voz que lo llama por su nombre; y, claro, eso se traduce en una cara a medio camino entre el miedo y la sorpresa, y que queda reflejada en esa fotografía que, aún hoy, pasado mucho tiempo, es guardada como un tesoro.

Cinco lustros habrían de transcurrir y aquel niño quedaría atrás, convirtiéndose en un adulto, casualmente vinculado al número cinco; y volvería a disfrutar, una vez más, de una noche mágica ligada a dicho acto. En las cuatro Bajadas anteriores, al margen del disfrute de la fiesta, se repetía aquel viejo rito de siempre por el que unas figuras danzarinas volvían a revivir nuevamente aquel momento, rescatando con profunda emoción las sensaciones de aquel niño de siete años. Un profesional diría en estos casos que se entablaría una conexión entre la danza y mi niño interior, y de ahí la sensación de paz y felicidad posterior. Sinceramente no me atrevo a decir que no, pero es precisamente ese binomio entre enanos y polca ejecutada de manera magis-



*Danza de Enanos, parte coreada (2000). ADY*

tral por la Banda de Música San Miguel, sin el cual no se puede entender la vida de aquel niño desde los siete años.

Sería una noche de verano de julio de 2000 cuando la vida me regalaría la oportunidad de disfrutar la Danza de Enanos desde dentro, rodeado de «cardenales». Uno de los mejores obsequios que me ha hecho un gran amigo ha sido necesitarme como ayudante durante toda la noche. Él tuvo el honor de ser elegido para honrar a la Virgen como figurante y transformarse mágicamente en danzarín, y yo tuve el honor de compartir con él su esfuerzo y sudor en esa noche, y ayudarle en todo lo que necesitó de mí (a él y a cuantos me lo solicitaron).

Resulta difícil descifrar los sentimientos que provocaba acompañar a aquellos héroes que después de meses y preparación, ensayo y sacrificios, recogen los laureles de la victoria y el reconocimiento del pueblo que tras disfrutar de la magia más ancestral percibida por retina humana, agradece ese arte con sonrisas, aplausos y palabras, traducción pura de las emociones que esa noche todos sentimos corriendo por nuestras venas.

El acto, por sabido y disfrutado repetidamente, no deja de perder la fuerza ni de erizar la piel en cada comienzo, en cada transformación, en cada cambio de ritmo de la polka que acelera los corazones y las palmadas.



*Danza de Enanos (2000). ADY*

En un momento determinado y en posturas forzadas para no dificultar el disfrute de los espectadores, te cautiva la magia de las sensaciones transmitidas por los rostros y gestos de quienes participan también de la magia. Si aquellos gigantes se transforman en enanos y los niños en adultos curiosos o temerosos, los mayores rompen amarras y dejan asomar en sus semblantes a los niños que llevan dentro. La sonrisa es el uniforme de esa noche, y los ojos brillan más que las estrellas.

Y los héroes de la noche siguen desgranando en pasitos cortos la calle real —como dice la canción— «desde el muelle a la alameda». Pasa la noche y ninguno sustituye una enorme sonrisa en una

cara cada vez más desencajada. Pierdo la noción del tiempo y a cada momento mágico que ocurre a cada trecho de una calle que nos lleva en volandas, pienso en mi interior: «¿De dónde sacan la fuerza?». Y surge la sospecha de hasta dónde la Virgen de las Nieves no estará dando energías para un esfuerzo al alcance de unos pocos humanos.

El torbellino no cesa, una fuerza arrastra a cruzar El Puente rumbo al Barco y ahora no solo va mi amigo colgado de mi hombro, va otro amigo por el otro y otro a mis espaldas. No queda otra que caminar; y si a ellos no hace mella el esfuerzo, yo por mi parte... ni acordarme del sueño (además, ¿sueño? ¿eso qué es?).





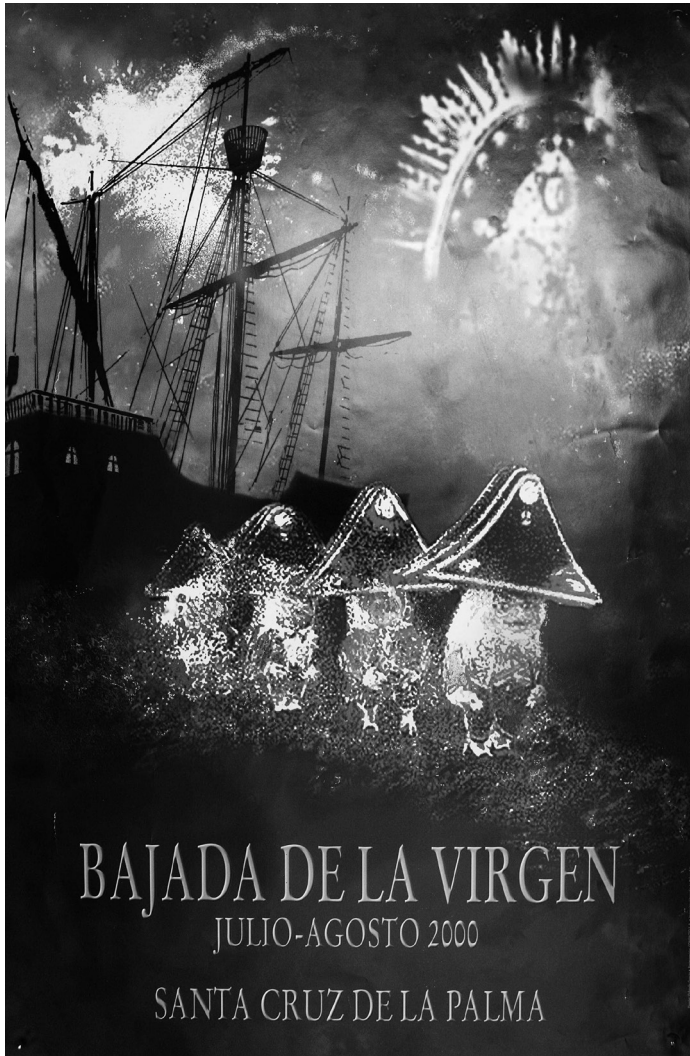
*Danza de Enanos (2000). ADY*

No me pregunten cómo, pero ya vamos por las Cuatro Esquinas, y no decaen ni las fuerzas ni la pasión. Allí hay más niños adultos que infantes, no son horas, pero la calle sigue iluminada de sonrisas y ojos emocionados ante un espectáculo único en el mundo. Quien no lo vive no sabe lo que es. Es increíble comprobar una y otra vez cómo la vista engaña al cerebro y este al corazón; pero ocurre. ¡Vamos, a mí me ocurre desde los siete años!

Pero todo en esta vida tiene su final y todo lo especial, bueno y único termina en una gran apoteosis; esa llega en el entorno del Barco de la Virgen, ese barco varado en tierra que es tan icónico para los palmeros, vivan en la isla o fuera de ella. Y ahí confieso que no sé ni cómo, ni de dónde, después de tantas horas jugando con la extenuación, los protagonistas

de la noche mágica por excelencia lo consiguen una vez más, dejándose llevar por los acordes de la Banda de Música San Miguel, compañera eterna durante la jornada. Con la mejor y mayor de las sonrisas dan todo lo que llevan dentro y, frente a ojos cansados por la espera o recién levantados, gozan de su generoso último esfuerzo, ese que conocen quienes disfrutan con placer por cumplir con un sueño, con un honor y, lo más importante, con un compromiso.

Instintivamente miro el reloj. Asombrado, me doy cuenta del tiempo que llevo envuelto en aquella marea, percibo que el sol ya reina en su esplendor y que mi amigo, agradecido, se despide de mí rumbo a su casa, en donde volverá a ser mortal, con heridas de guerra que le recordarán que ese día libró una batalla mágica de la cual él y sus compañeros salieron noblemente



*Cartel de la Bajada de La Virgen (2000). AMSCP*

victoriosos. Todo se disuelve, los músicos se confunden entre el gentío que se retira a descansar o a trabajar. La caseta mágica desaparece fugaz. Todo vuelve a la normalidad. Toca volver a la realidad.

De camino a casa, con el ánimo alterado por lo vivido, sin ganas de dormir, con deseos de que la magia no hubiese acabado, como un niño que no sabe cuándo debe dejar de jugar y no siente el cansancio, ni el hambre, paro a mirar

uno de los escaparates aún dormidos de una calle que vuelve a ser la de siempre y, ¡sorpresa!, para mí esa mañana posterior a esa noche de julio, el escaparate no me devuelve la imagen de un adulto cansado, ¡sorpresa!, me devuelve la imagen del niño de siete años que fui y que ya no tiene la expresión de miedo que aparecía en la pretérita foto de 1975 y que, por primera vez, en una noche de julio disfrutó de la Danza de Enanos.